

IMPERIALISMO Y TERRORISMO: REGRESO AL ESTADO DE NATURALEZA

Entre la Guerra y la Paz. Afganistán, ¿dónde se encuentra?

Afganistán está donde nos encontramos nosotros. Se encuentra en el centro de la sociedad occidental misma. Es esta sociedad que, a través de su evolución posmoderna, presenta actualmente todos los elementos para que prospere el nihilismo descrito por Nietzsche. Del centro de esta sociedad puede brotar cualquier barbarie.

.....
Federico Manfred Peter

Historiador
.....

I

1. ¿Qué pasó cuando callaron aquellas armas?

Escenario: un pueblo alemán en las cercanías de Frankfurt. Fecha: abril de 1945.

El día amaneció radiante y soleado y el cante de los mirlos invadió el pueblo. Una avalancha de tanques con la estrella blanca de los americanos había cruzado la campiña durante la noche. Sus pesadas cadenas habían dejado profundos surcos, huellas imborrables en los sembrados y los verdes campos de trigo. Aplastaron todo lo que se les ponía delante, también a este grupito de soldaditos alemanes perdido que había tratado de entregarse con las manos en alto. Una ráfaga de metralla los había borrado.

¿Qué hace una columna de tanques con prisioneros de guerra?

Cuerpos sin vida, tirados a la cuneta.

Ya al anochecer había pasado una unidad de tres o cuatro monstruos de acero por la calle céntrica del pueblo. Todas las casas exhibieron sábanas blancas por las ventanas: signo de capitulación y rendimiento, prohibido por las autoridades, ahora derrotadas, pero recordado, ¿quién sabe cómo? Tal vez forma parte de la memoria colectiva de todos los derrotados. Los tanques pasaron ruidosos, las casas temblaban. Desde la ventanita en el sótano que había servido de refugio durante las alarmas por bombardeos sobre la cercana ciudad, observé las cadenas metálicas chirriantes, moliendo el polvo de la calle, mientras los cañones de los tanques se movían en busca de un blanco.

El evento —en el fondo— era banal. Unos monstruos de hierro habían venido amenazándonos con practicar el tiro al blanco sobre nosotros. Y... ¿a traernos la libertad?

—Ya están aquí, se decía.

Pero los libertadores no se dejaron ver. Pasaron las máquinas. Nos preguntábamos:

—¿Cómo serán estos vencedores que han venido desde tan lejos?

IMPERIALISMO Y TERRORISMO: REGRESO AL ESTADO DE NATURALEZA

Mientras tanto, los mirlos siguieron cantando y las primeras flores blancas de los cerezos se abrieron. Pero había un olor raro en el aire:

—¿Es azufre, es humo?

Era el olor de la derrota, el olor del miedo.

Días después se dejaron ver nuestros vencedores. Llegaron en largas columnas, bien nutridos, uniformes limpios, masticando chicle y repartiendo chocolatinas entre los niños que, extrañados y curiosos, se acercaron a los que habían hecho añicos a nuestros soldados admirados hasta hace poco. Ellos habían pasado antes, sucios, cansados y temerosos, las miradas puestas en el cielo por los aviones de caza rápidos como avispas que los cazaban a ellos y a todo lo que se movía, como a conejos. Su única preocupación era cómo salvar la vida.

Pero aún no había pasado todo, hubo sucesos inesperados.

En estos días la guerra dejó sus últimos muertos en el pueblo: una unidad de las SS se enfrentó a los tanques. Ardieron casas y sobre la hierba fresca quedaron sembrados los cadáveres de una docena de jóvenes alemanes.

Pensé mucho sobre esto. ¿Por qué actuaron así? ¿No comprendieron la locura de este gesto? ¿Fue por fanatismo?, ¿por obediencia? O, ¿simplemente por miedo?

Era el miedo, el miedo infunde valor.

En el pueblo durante estos días de la ocupación/liberación pasaron más cosas, sucesos lamentables, motivados por el odio y la rencilla entre la gente. Los nazis de categoría no estuvieron, se habían quitado de en medio.

Sin embargo, tuvimos suerte, porque nuestros vencedores no fueron los soviéticos. No hubo escenas de pillaje y de violaciones como en las regiones del Este del país que fueron «liberadas» por éstos.

Ahora los caminos y carreteras estaban sembrados de los despojos que los vencidos dejaban. Había armas de todas clases y un sinfín de municiones y cascos de hierro.

¡Qué tentación para los niños usarlos como objetos de juego!

¡Qué placer sacar el cargador de un fusil de asalto! Tocar el acero frío de la *Panzerfaust* que podría convertir a uno de estos tanques monstruosos en chatarra, etc., etc.

Tres compañeros del colegio, entre ellos Ernst —amigo de la infancia— no resistieron la tentación de tocar y probar: una mina antitanque, al explotar, los hizo pedazos. Había pasado la guerra, pero la muerte acompañó a la retaguardia también.

Las carrocerías de coches calcinados bordearon nuestros caminos durante mucho tiempo y las heridas en el campo cicatrizaron difícilmente.

Todos sabíamos que había comenzado otra época. Todos, esto es, para las mujeres, los viejos y los niños. También para los prisioneros franceses y las trabajadoras extranjeras. Ellos festejaron su liberación y algunos se despidieron de nosotros cuando regresaron a sus casas.

¿Dónde estaban los hombres (mayores de 16 años) del pueblo?

—Muertos o repartidos en el mundo en innumerables campos de concentración para prisioneros de guerra.

Pero, para nosotros había terminado esta guerra. Habíamos sobrevivido. Era como el despertar de una larga pesadilla. En otros escenarios la guerra continuaba.

Y, ahora, ¿qué vendría después?

II

Estoy convencido de que los aspectos fundamentales de mi experiencia juvenil se pueden transferir a muchos escenarios en nuestro tiempo actual. Sin negar las diferencias aparentes, casos similares suelen presentarse con demasiada frecuencia en casi todos los continentes. Con el comienzo del nuevo milenio no hemos dejado las guerras atrás. Es más, vivimos más intensamente la instrumentalización de la guerra para fines políticos, ideológicos o culturales. André Glucksman¹ habla de la pérdida de principios éticos en forma generalizada y denuncia esta pérdida como podredumbre universal. Su característica: la ausencia de cualquier concepto ético y moral. Se practica la acción por la acción sin escrúpulos. El fin es el efecto publicitario: cuanto más horror cause, mejor. Glucksman cita el caso de Chechenia. Los hechos espeluznantes no perturban el sueño de nadie, parece que una barbarie diaria invadiera nuestro ambiente. Barbarie que acepta la acción exterminadora como legítima, el terrorismo como nuevo método de resolver conflictos entre etnias, culturas y grupos sociales. Aunque no lo aprobemos, entre nosotros se encuentra quien lo justifique, como en el drama de la Antígona de Sófocles: un razonamiento seudocrítico niega a las víctimas el honor del entierro y la oración piadosa.

—La culpa la tienen ellos, dicen muchos sabios, tomando café en el bar de la esquina.

El terrorismo de los estados totalitarios del siglo xx se ha trasladado al terrorismo de grupos fanáticos del XXI, dispuestos a sacrificar la vida sin importarles el precio, la de sus víctimas y la de ellos mismos en la ciega persecución de sus delirios de omnipotencia.

IMPERIALISMO Y TERRORISMO: REGRESO AL ESTADO DE NATURALEZA

Preguntemos al pensador que más ha marcado los tiempos modernos a través de su reflexión sobre el poder, la moral y la violencia: **Friedrich Nietzsche**.

¿Cómo aprecia el auge inesperado de la violencia en este siglo?

«Los europeos hemos entrado en un siglo moderno de la guerra», escribió en *La Gaya Ciencia*, en 1882.

«Es nuestra fe que Europa volvió a ser masculina otra vez, gracias a Napoleón y de ninguna manera debido a la Revolución Francesa que con su Fraternidad no hizo otra cosa que practicar el intercambio florido de los corazones. Ahora comenzarán los siglos de las guerras. Entramos en la época clásica de la guerra, tanto en su nivel científico (tecnológico) como el popular y en la mayor dimensión (de los medios, de la inteligencia y de la disciplina). Los milenios que vienen observarán estos siglos con envidia y veneración. Debido a Napoleón el Hombre dominará de nuevo sobre el comerciante y el burgués acomodado».²

Nietzsche considera necesario el renacimiento de la barbarie, para abrir el camino y para que renazca el hombre de la Antigüedad clásica. No era un inocente e inexperto en la materia, Friedrich Nietzsche había participado como soldado voluntario en condición de enfermero en la guerra contra Francia en 1870/71. El resultado de este conflicto bélico fue la creación del Estado-nación de Alemania bajo el predominio de Prusia. Nietzsche, que no paraba de criticar este proceso político, había visto los desastres de la guerra, conocía la realidad espantosa de los campos de batalla. Sufrió la misma enfermedad que muchos de sus pacientes moribundos. Sin embargo, su visión se dirigió más allá de esta realidad cercana: la guerra —según Heráclito³— es el padre de todas las cosas. Para que todo cambie y para que la realidad sea otra, deben ceder las diferentes formas de Nihilismo, que todas —según Nietzsche— deben su existencia a la doctrina del cristianismo que no es más que «Platonismo para el pueblo». Esto significa Nihilismo, porque niega la ley principal de la vida, que es la voluntad hacia el poder. Toda vida es lucha por el poder. No hay más autoridad que ésta, ya que Nietzsche ha proclamado la muerte de Dios y de toda moral instalada en su nombre: el ser humano es llamado a ser su propio dios. Nietzsche, alias Zarathustra, es el profeta del Superhombre que nacerá entre las ruinas del pasado. Del «Ocaso de los Ídolos» nacerá un nuevo ser humano para un mundo distinto. Esta utopía milenaria de Nietzsche, más literaria que filosófica, ha tenido un eco importante en su tiempo y entre los pensadores actuales también.

Nihilismo activo son todas aquellas manifestaciones ideológicas que impiden el auténtico y verdadero desarrollo autónomo y libre del hombre; y André Glucksman cita al fascismo y las doctrinas totalitarias como nazismo y comunismo como ejemplos de este nihilismo moderno cuya capacidad destructiva no está agotada todavía. El Islamismo no es más que una variante de lo mismo. Nietzsche cree que las guerras despejan el horizonte para el renacimiento de otra cultura aunque destruyan la civilización y aplasten a millones de individuos bajo la bota de la barbarie. El mensaje de la utopía aristócrata del Superhombre, que se cree liberado del peso de la moral cristiana y de todo concepto ético, se encuentra como *leitmotiv* (línea maestra) en todos los textos de Nietzsche. Aunque no veamos signos reales para la pronta aparición de un ser humano con las características que Nietzsche le ha atribuido, el análisis de la situación histórico-cultural que Nietzsche ha expuesto no parece del todo equivocado. Sobre todo, si nos acercamos a un término que Nietzsche llamó el «nihilismo pasivo».

Independientemente de la ideología que profesan, la gran masa humana observa una moral de utilidad práctica, buscando en primer lugar bienestar, disfrute, placer y diversión; para Nietzsche, así se manifiesta la mentalidad de los esclavos, que desprecian exquisitez, refinamiento, autonomía y libertad del espíritu.

III

¿No significa esto la aparición del fenómeno llamado «posmoderno»?

¿Es el nihilismo pasivo o feliz, este culto al bienestar y al consumo desenfrenado, característico de la sociedad del placer?

El nihilismo pasivo se caracteriza por la debilidad y la decadencia. El hombre llamado a enfrentarse con valentía a los retos de su existencia, prefiere huir hacia los programas que prometen seguridad y protección. Se siente a gusto cuando en realidad se encuentra encadenado. Al final del siglo XIX Nietzsche vio nacer la sociedad de las masas anónimas. Entendió la vocación democrática de la sociedad moderna como descenso y pérdida de calidad por la ausencia del elemento de élite social. ¿Qué diría, si pudiera ver programas de televisión como «El Gran Hermano» actualmente?

Los sociólogos han descubierto hace tiempo el espíritu nuevo de nuestra época que suelen llamar posmoderno por varias razones: mientras la aristocracia tuvo su

IMPERIALISMO Y TERRORISMO: REGRESO AL ESTADO DE NATURALEZA

fundamento en la organización feudal de la sociedad y la burguesía y la clase obrera mantuvieron su lucha de clases en el orden de la producción industrial moderna, la sociedad del ocio existe sobre la base del Estado de protección social en la fase posmoderna de la sociedad.

El sociólogo Alexander Schuller habla de una nueva clase dominante, el resultado principal de la evolución social en la época posmoderna.⁴

¿Cómo se caracteriza esta nueva clase social que predomina en la sociedad posmoderna? La situación de la protección social generalizada ha creado el mito del ocio. Ha cambiado el significado mismo del «tiempo». Ya no es el tiempo medido por el reloj y transformado en el tiempo dedicado al trabajo. El trabajo, que debía de dar plenitud de satisfacción, tanto material como emocional, ya no corresponde a la realidad vivida por la mayoría de las personas. Muchas personas no tienen trabajo, otras tienen trabajos que no quieren y no pocos son aquellos que no quieren ningún trabajo. Se dedican al aprovechamiento de la red social tan generosamente tendida. Una minoría trabaja más que nunca, pero disfruta menos que aquellos que no lo hacen. La sociedad posmoderna ha perdido la noción del trabajo. Ha descubierto el ocio y lo ha transformado ya en su mito preferido. Es éste el espíritu del tiempo. Schuller dice que ha regresado la aristocracia con las costumbres del proletariado. El nuevo mito ha invadido todo el ambiente, desde la realidad social hasta las instituciones políticas. La democracia se decora con los elementos del mito populista del placer y de la diversión. Las campañas electorales son manifestaciones de esta realidad.

Alexis de Tocqueville (*La democracia en América*) en 1835 ya había indicado esta perspectiva para la evolución del sistema democrático. Dice que en América y bajo la tiranía de la opinión pública es peligroso apartarse de las reglas que la mayoría considera justas y correctas. Advierte que, en este caso, puede perder los derechos ciudadanos y hasta la calidad humana misma. Opina que la mayoría suele ejercer una tiranía sobre la opinión pública. Por esto considera que la república americana es fuerte y eficaz, tanto o más que las monarquías absolutistas en Europa. Si alguna vez en América se perdiera la libertad, sería debido a la omnipotencia de la opinión pública.⁵ Mientras continúa la tendencia a la especialización en todos los sectores de la sociedad, formas y reglas tradicionales tienden a desaparecer y a ceder a un comportamiento informal generalizado. Todos visten igual, beben y comen lo mismo.

El tuteo se generaliza, caen corbatas, uniformes y buenas costumbres. El ambiente privado y el público se mez-

clan. El Presidente Clinton vio oportuno hablar en público sobre los calzoncillos que viste. El público goza de estos «detalles simpáticos». Igualdad ante y contra toda autoridad. Todo vale y todo se aprecia cuando divierte y causa placer. El aristócrata plebeyo huye del tiempo medido dedicado al trabajo y busca el tiempo libre, que es identificado con la libertad, libertad para hacer lo que a uno le da la gana.

En este tiempo libre encontramos los símbolos del posmodernismo: los grandes almacenes, los estadios de fútbol, las discotecas, los parques de atracciones. El centro de este mito lo ocupa el cuerpo humano, cuerpo que se mantiene en forma y baila en eventos como Love-Parade entre una orgía de ritmos y nuevos rituales exhibicionistas.

Este espíritu del tiempo ha visto renacer elementos culturales de la Antigüedad. Los juegos de gladiadores volvieron en las películas de horror. El Olimpo de los dioses está poblado por figuras como Elvis, Madonna o Marilyn o Lady Di. Todos ellos dioses o semidioses. ¡Viva el Olimpo posmoderno!

El hombre posmoderno regresa emocionalmente a un estado infantil. Aumenta el analfabetismo en las sociedades posmodernas. Imágenes de tiempos remotos parecen ocupar las mentes: identificaciones étnicas, irracionalismos monstruosos; resucitan viejos mitos, complejos históricos con sus respectivos prejuicios arcaicos. Una encuesta reciente ha revelado que cerca de un tercio de la población americana vive en la creencia de que el sol da la vuelta a la tierra. Otra encuesta reveló que un número elevado de bachilleres alemanes no sabe explicar el fenómeno de las estaciones anuales. Son ejemplos ilustres de una regresión a una especie de barbarie posmoderna. Todo esto va acompañado de la más sofisticada especialización y del uso intensivo de los medios modernos de comunicación (Internet para todos). Ninguna administración pública ha gastado tanto esfuerzo y dinero para mejorar la educación como la que hoy existe, tanto en Estados Unidos como en la Unión Europea. El resultado parece ser una perfecta preparación para la vida posmoderna.

¿Dónde está estacionada la formación humanista y cultural?

Abunda gente bien preparada que dispone de un mínimo nivel cultural. Sin embargo, no faltan la autoestima y la soberbia. Satisfechos y contentos viven el «lúdico nihilismo».⁶ No les perturba ninguna catástrofe exterior. Viven embutidos en un eterno presente, donde no cabe ni pasado ni futuro. La reflexión, los análisis, la meditación no les alcanzan.

IMPERIALISMO Y TERRORISMO: REGRESO AL ESTADO DE NATURALEZA

Hay que vencer el aburrimiento que es el compañero constante. Se disgustan cuando se perturba la comodidad, que es considerada un derecho humano fundamental. Entonces se acuerdan de la democracia y montan en cólera por considerar que sus necesidades fundamentales no han sido tenidas en cuenta.

La democracia se reduce al juego banal de intereses. El mito del Yo que exige realizarse bajo condiciones idóneas que el Estado, la sociedad, los otros deben tener preparadas. Así se ha producido la serie de emancipaciones posmodernas que incluye gremios como los gays, las lesbianas o simplemente gente pintoresca con ganas de nada en absoluto.

IV

¿Dónde se encuentra Afganistán? Me atrevo a contestar a esta pregunta retórica muy sencillamente:

Se encuentra en el centro de la sociedad occidental misma. Es esta sociedad que, a través de su evolución posmoderna, presenta actualmente todos los elementos para que prospere el nihilismo descrito por Nietzsche. Del centro de esta sociedad puede brotar cualquier barbarie. Mientras la riqueza social es grande, no parece problemático calmar las demandas con subvenciones y donaciones gratuitas.

¿Pero, cómo reaccionará este público ante una situación de crisis de verdad?: escasez fundamental de reservas de energía, insuficientes medios de subsistencia, envejecimiento general de los que hoy son activos y participantes del mito posmoderno, disolución de la familia y soledad generalizada de los individuos, desaparición del predominio occidental económico e industrial en un mundo globalizado.

Algunas perspectivas hoy no parecen cercanas, pero todas son posibilidades muy realistas. Me parece que es obvio que una sociedad sin orientación, entregada al nihilismo lúdico, fácilmente es víctima de los fundamentalismos que están al acecho y que por el momento parecen escondidos lejos en las montañas del Himalaya... Así que...

Afganistán está donde nos encontramos nosotros.

Notas

1. André Glucksman, «Guerre et terrorisme». *Le Monde*, dossier, 11.01.2002..
2. Friedrich Nietzsche, *Die Fröhliche Wissenschaft. Werke I*, Múnich, 1981, pág. 512. Traducido por el autor.
3. Heráclito (540-475), aristócrata convencido. Su frase famosa es la siguiente: «La lucha es padre y rey de todo. A unos transforma en dioses, a otros en hombres, unos serán esclavos y otros libres».
4. Alexander Schuller, *FAZ am Sonntag*, 23.12.2001, Ansichter, pág. 9.
5. Alexis de Tocqueville, *Über die Demokratie in Amerika*. Stuttgart, 1990, pág. 58.
6. José Jiménez Lozano usa este término en variante de nihilismo pasivo de Nietzsche: «La Caída de Constantinopla», *ABC*, 13.1.2001, pág. 3.